

• VÍCTOR BARRERA ENDERLE

Palabras para *Armas y Letras*

SILLA PICO SUR / CAPTURA DIGITAL EN ESPECTRO INFRARROJO / 2009 / DUOTONO



EN FEBRERO DE 2006, JOSÉ GARZA, RECIÉN NOMBRADO DIRECTOR DE PUBLICACIONES DE LA UANL, ME INVITÓ A DIRIGIR *ARMAS Y LETRAS*; HASTA ENTONCES, MI RELACIÓN CON LAS REVISTAS Y PUBLICACIONES CULTURALES Y LITERARIAS SE REDUCÍA A LA DE SIMPLE Y EVENTUAL COLABORADOR. ACEPTÉ... Y SÓLO ENTONCES COMENCÉ A DIMENSIONAR EL PESO DEL CARGO.

A *rmás y Letras* no sólo es una de las publicaciones más antiguas en México, sólo superada por la *Revista de la Universidad* y quizá por *La Palabra y el Hombre*, sino una de las más importantes: autores como Alfonso Reyes, Pedro Garfias, José Luis Martínez y Octavio Paz publicaron ahí. José Garza me comentó también que necesitaría un editor porque ese puesto había quedado vacante recientemente. Sin pensarlo mucho, llamé a Jessica Nieto. Jessica había sido alumna mía en la carrera de Letras y conocía su talento y dedicación para todas las artes de la escritura. Con Jessica en el equipo, dimos inicio al proyecto y nos abocamos a la elaboración del primer número. Fue un trabajo a cuatro manos. La primera lección que aprendí: la necesaria colectividad de la empresa, aunque la realice un “grupo” de dos personas, como era nuestro caso. Coreografía de voces y pensamientos. Armonía en lo heterogéneo. Escribí entonces una nota editorial para indicar nuestro proyecto. La nota, titulada “En el portal”, finalmente no apareció por cuestiones de espacio. La incluyo ahora aquí:

LA LECTURA DE UNA REVISTA SE HACE SIEMPRE ENTRE LÍNEAS: LAS NOVEDADES NOS HABLAN DE LA RELACIÓN CON EL PASADO; LAS REVISIONES DEL PASADO NOS ENSEÑAN SOBRE EL PRESENTE.

Con el número que el lector / la lectora tiene en sus manos, principiamos un nuevo capítulo en la historia de *Armas y Letras*. Es nuestro ferviente deseo celebrar con él los logros y conquistas obtenidos en las etapas anteriores de la revista (victorias colectivas e individuales: de sus múltiples colaboradores, de sus anteriores directores y directoras). Pero también es nuestro compromiso mantener e incrementar el espacio ganado: aportar, en la medida de lo posible, un enfoque más amplio y más crítico, que dé cuenta del devenir actual desde una perspectiva autónoma y sólo comprometida con sus principios intelectuales y estéticos. Así, nuestra búsqueda final se concentra en la concreción de un equilibrio entre tradición (continuidad) y renovación (reflexión continua). Sólo en el cumplimiento de ese ideal seremos dignos depositarios de la gran responsabilidad que conlleva la dirección de una institución cultural de honda presencia e influencia, como lo es *Armas y Letras*.

En realidad, lo pienso ahora, no incluí esa nota porque, en el fondo, creí que era mejor cumplir con ese ideal vía la misma edición de la revista, es decir: hablar con los hechos, aunque estos hechos estuvieran constituidos por palabras. En esos días, la revista experimentaba un nuevo periodo de redefinición: el diseño y la periodicidad habían cambiado, era ahora una publicación mucho más visual, y más bella en cuanto a su manufactura. Sin embargo, consideré que, a pesar de las transformaciones, era preciso mantener el centro de su identidad: su carácter dialógico y reflexivo, y por lo tanto: textual.

Me concentré en los contenidos. Ya José Garza, que se había hecho cargo, desde la Dirección de Publicaciones, del número doble anterior (el 52-53), había introducido algunas secciones y las había bautizado con nombres y referencias cervantinos (para seguir con el ideal de la intención original): “Toboso”, “Miscelánea”. Yo creé la sección “Anatomía de la crítica”, de cuño alfonsino, para incluir la

reflexión sobre la propia reflexión: un asunto que me parecía y me parece fundamental. Mi primer número, el 54, salió en marzo de 2006. Una ojeada a su índice me señala ahora el “espíritu de la hora”: Salvador Elizondo había muerto recientemente y conseguimos una nota de Carlos Monsiváis sobre el legado del autor de *Farabeuf*; la obra de la pintora regiomontana Bárbara Fuentes ilustró el número y yo me hice cargo del ensayo sobre su trabajo plástico; presentamos el poema “Franz Joseph”, del incendiario escritor austríaco Karl Kraus, en una versión de Miguel Covarrubias; Tomás Segovia comentó “Las quimeras” de Nerval; Coral Aguirre escribió sobre Virginia Woolf; Alfonso Rangel Guerra habló sobre la obra crítica de Antonio Candido; y Leonardo Iglesias sobre la relación entre globalización y cultura.

Los textos presentaban su propia consistencia individual, pero en conjunto (y soportados por las imágenes y el diseño editorial) cobraban una significación extra. La lectura de una revista se hace siempre entre líneas: las novedades nos hablan de la relación con el pasado; las revisiones del pasado nos enseñan sobre el presente. Las modas muestran su sistema de valoración, el cual es, invariablemente, coyuntural. Hay en ella, en la revista, anhelos de pertenencia y deseos de singularidad. Ser de un modo y no de otro. Marcar distancia y entablar diálogos más allá del inevitable cerco espacial y temporal.

Me interesaba, desde la confección de ese primer número, establecer líneas de comunicación en diversas direcciones. Consideraba fundamental dar cuenta de lo que estaba pasando en el exterior (a nivel nacional, internacional y transnacional), pero también me parecía muy importante testimoniar lo que pasaba en nuestro suelo (en esos días se experimentaba un auge en las creaciones literarias regiomontanas). Así que tratamos no sólo de abrir las páginas a autores

locales sino de reseñar sus obras, esto, claro, sin caer en un inútil afán chovinista. Los criterios de publicación siempre fueron muy exigentes.

La relación (la distancia) con lo “institucional” fue otro aspecto constante. *Armas y Letras* pertenece a la Universidad Autónoma de Nuevo León, pero en su elaboración, al menos durante mi periodo como director, jamás dejé que esto “afectara” la índole plural y crítica de la revista. Y confieso aquí que nunca padecí ningún tipo de censura ni de restricciones. Desde el momento en que acepté el cargo manifesté la necesidad de trabajar libremente de acuerdo con las demandas y necesidades de la misma publicación. Nuestros problemas se resumían, como suele suceder en este tipo de ediciones, a cuestiones de presupuesto: nunca a los contenidos. El asunto de la difusión y el soporte nos ocupó y demandó nuestra atención de manera permanente. Exploramos las posibilidades de Internet y siempre tuvimos dos tipos de ediciones, una impresa y la otra, digital. Lo fundamental era que la revista se leyese. La distribución física presentaba algunas dificultades, la mayoría relacionada con los trámites que imponían las librerías y establecimientos afines. Existía una inadecuación entre las publicaciones universitarias y las demandas comerciales. Y tengo la impresión de que esa distancia sigue mediando y distanciando a la reflexión surgida o apoyada dentro del ámbito académico (*Armas y Letras* no es una revista académica, sino cultural, pero su “aura” sí lo es). Hasta el día de hoy, uno de los retos sigue siendo ése: instalar y mantener a la revista en la “esfera pública”, sin perder por ello su carácter crítico y dialógico.

En total me hice cargo de veinte números y estuve al mando de la revista por cinco años. Números redondos para envolver una experiencia de suyo enriquecedora. Varias han sido las conclusiones que obtuve de esos años de constante actividad editorial. Comentaré algunas aquí. Me parece que la renovación debe constituir el sino de las revistas culturales, aunque ésta debe ser equilibrada y no destruir aquello que se puede y se debe aprovechar: la experiencia.

ME PARECE QUE LA RENOVACIÓN DEBE CONSTITUIR EL SINO DE LAS REVISTAS CULTURALES, AUNQUE ÉSTA DEBE SER EQUILIBRADA Y NO DESTRUIR AQUELLO QUE SE PUEDE Y SE DEBE APROVECHAR: LA EXPERIENCIA.

Esto mantiene en contante riesgo a las publicaciones periódicas: todos hemos sido testigos de excesos que han terminado por aniquilar o tergiversar tradiciones editoriales de larga data. La idea, sería, más o menos así: renovar para

permanecer; crear para recordar. Al menos, así lo creí mientras estuve en *Armas y Letras* y, como parte de esa lectura, realicé en 2009 una antología (que titulé precisamente *Renovada compañía*) de trabajos publicados en la revista entre 1944 y 1957. Con la antología buscaba hacer claro el vínculo de nuestra revista con su propio pasado. Fue un trabajo muy enriquecedor leer todos los números anteriores. En ese proceso constaté cómo la revista se convierte casi inmediatamente en documento polifónico, y sus ecos resuenan hasta la actualidad.

Otra conclusión: saber lidiar con las limitaciones temporales y de espacio. Es imposible incluir todo lo que uno quisiera en un solo número: la selección y el recorte son partes fundamentales en la edición de revistas. De ahí que las revistas sean un punto intermedio entre los libros y los lectores. No aspiran a la unidad, sino a la diversidad. No agotan los temas, sino que los dejan abiertos para que el diálogo y el debate continúen, porque de ellos precisamente se alimenta y se nutre. He ahí una de sus principales funciones al interior de los campos literarios: son intermediarias, aspiran a equilibrar fuerzas, reducir distancias y contrarrestar hegemonías. Mi esfuerzo principal se encaminó hacia ese objetivo.

Al recordar esta vivencia caigo en la cuenta de que he escrito esto no sólo para otorgar un testimonio sobre mi paso por la revista, sino para remarcar la trascendencia de *Armas y Letras* en la historia y la cultura de la región (y de la nación). Mis palabras, al final, van dirigidas hacia ella, pues mientras los directores, los colaboradores y los temas pasan, la publicación permanece. Somos eslabones de una lectura que seguirá por mucho tiempo. ●